

NINA, EL INOCENTE PENSAMIENTO FRENTE A LAS INJUSTICIAS CULTURALES

Luna Danae Castro Bodega

Nina estaba descansando en un trozo de madera que alguien había dejado en la entrada de su aldea, al norte de Malauí, pues había pasado las 5 horas anteriores caminando en busca de agua, con el resto de mujeres de la tribu. Sin embargo, ella solo podía traer la mitad de la cantidad que traían las demás mujeres, pues sus brazos de niña de 9 años aún no eran lo suficientemente fuertes, pero debía ir practicando, y, como decía su padre, siempre era mejor poder contar con algo más de agua, aunque no fuera la suficiente. Desde su posición, Nina podía divisar a los niños de su aldea jugando a lo que parecía ser una especie de deporte, que consistía en pasarse de unos a otros un matojo de pieles y cintas, con forma de balón. No es que le hiciera especial gracia el juego, pero los rostros de los niños mostraban lo mucho que estaban disfrutando, y esa sonrisa no aparecía en la cara de Nina, cuando iba a buscar agua. De repente, una voz muy fuerte despertó a Nina de sus pensamientos, era su madre, que la necesitaba para continuar con las labores domésticas.

Cuando Nina terminó de lavar una por una las piezas de ropa, salió en busca de su padre, el cual se encontraba repartiendo el agua entre los niños que habían terminado de jugar con aquella especie de pelota. Rápidamente, Nina entró a su casa, que no era más que dos sabanas enganchadas a 4 palos, y unas mantas en el suelo, y preguntó a su madre por qué las niñas del pueblo no jugaban, y debían encargarse de tareas aburridas y cansadas. Su madre, muy molesta, abofeteó a la niña, y le ordenó que dejara de decir tonterías, que pronto se convertiría en una mujer de verdad, y nadie podía escucharla hablar de esa manera. A Nina le saltaron un par de lágrimas tras recibir el golpe, pero se las limpió enseguida, ya que, aunque no entendía muy bien lo que quería decir su madre con “una mujer de verdad”, supuso que llorar no estaba entre las características.

Días más tarde, la madre de Nina le explicó, que solo quedaba una semana para que se convirtiera en una mujer pura. Nina, desconcertada, decidió preguntarle de qué se trataba, hasta que se dio cuenta de que su madre hablaba de aquel ritual que solían hacer en el centro de la aldea, donde siempre una niña era víctima de una atroz tortura por parte de sus padres. Nina, evidentemente, no sabía que se trataba de la mutilación genital femenina, pues de esos rituales, ella solo recordaba los gritos de sus amigas, y la sangre que tardaba días en desaparecer del todo. En más de la mitad de ocasiones, Nina no volvía a ver a las niñas, y su madre siempre le decía que se habían marchado hacia un lugar lleno de paz, donde no existía dolor y todos los niñas y niñas podían jugar todo el tiempo, daba igual que fueras niña, porque no tendrías que salir a buscar agua tan lejos, siempre había agua en aquel lugar, y todo el tiempo que tenían durante el día, era tiempo libre.

Lo que Nina no podía explicarse, es porqué las niñas debían pasar antes por esta tortura para poder llegar a ese maravilloso lugar, donde por fin, podría jugar con el resto de niños y dejar de verlos desde el tronco de madera.



Sabía que solo contaba con una semana para preparar su plan, pero estaba decidida a marcharse de la pequeña aldea, para llegar al lugar maravilloso donde se reencontraría con sus amigas, y todo eso, sin pasar por el dolor que suponía aquel ritual.

Apenas dos días después, Nina cayó en la cuenta de que las niñas que no sobrevivían al ritual, eran lanzadas por el precipicio que delimitaba su aldea, así que, decidida a no querer convertirse en una mujer pura, Nina cogió carrerilla, y se lanzó, en busca de su libertad, sin comprender, que su libertad comenzaba, donde terminaba su vida.